

RECORDANDO LA FERIA

(DE LA PLAZA ESPAÑA AL FERIAL)

Hace cincuenta años también había Feria. En la Plaza del Arenal, junto a Santa Quiteria, en el Orujo, al lado de la Piscina Municipal o en la Plaza de España, siempre se han instalado las churrerías, las tiendas de los juguetes.

A nosotros nos costaba perrillas, ahora suelen costar duros hacer uso de una atracción pero, desde la última semana de Agosto cualquier lugar de los antes referidos y en estos últimos cincuenta años se ha abierto siempre un nuevo colegio, el de la fantasía, el de la ilusión. La magia de lo desconocido y el deseo de las inauguraciones, han encendido siempre los ojillos de los niños que correteaban por la Plaza de España en los años 30.

En aquella época, eran poco más de treinta las casetas que llenaban la Plaza durante tres días, comenzando la Feria el día de la Virgen. Luego se volvían a quitar las tablas de las casetas y se guardaban donde hoy se encuentra el Museo Fray Juan Cobo. Todo el material era del Ayuntamiento, que lo ponía a disposición de los comerciantes.

Desde la puerta de la taberna de Tabique hemos visto algunas veces como los volquetes del Ayuntamiento, tirados por mulas, traían las tablas de las mencionadas casetas. Mientras nuestro padre apuraba el último sorbo del vermut, los chiquillos correteaban brincando por entre las maderas y gritando: "¡La Feria, La Feria!". Hoy, por el asfalto de la Castelar se oyen las mismas voces cuando los hombres del mono azul, electricistas, montan las grandes guirnaldas de luces.

Después de montadas las casetas los comerciantes bajaban por la Castelar abandonando sus lugares habituales de trabajo, para llenar los puestos de la Plaza: Espinosa traía el turron, Pepe Almendrós los caballos de cartón, con sus ojos brillantes, recién pintados. Nos volvíamos locos entonces y ahora los niños disfrutan con una juguetería más sofisticada, llena de luces y ruidos.

La Feria, siempre, durante este período, ha estado constituida por tres grandes sectores de actividades: Las atracciones (barcas, caballitos, látigo o montaña rusa) fundamentalmente dedicados a los niños; las verbenas y espectáculos, desde el Teatro Chino al Circo Cortés o Luis Eduardo Aute; y el comercio. En Feria se vende de todo, los botijos de la Mota, los cacharros de la Escobara y los relojes de los moros. Y para festejar la suerte en este pueblo, y sobre todo en Feria, se come y se bebe en todos los chiringuitos del Ferial. Desde aquella época, siempre se ha probado la suerte, en la tómbola del Quincito —llamada así porque valía 15 céntimos jugar en ella— o la carrera de camellos que el año pasado repartió sombreros blancos en medio pueblo.

En la década de los treinta también había columpios. Se situaban en la calle de Santo Domingo, denominándose entonces calle de la cárcel; allí mismo, junto a donde hoy se encuentra la Policía Nacional, el Ayuntamiento instalaba una especie de muñeco-payaso con un complicado artificio parecido a las cucañas de otras partes del país, y constituyendo un refrescante juego de agua, además de muy barato divertimento. Todo esto ocurría en los primeros años de la década, años locos, llenos de ilusiones frustradas, que no eran menos contempladas desde las alturas a que se elevaban las voladoras y las norias que se instalaban en "el jardinillo". Ahí los chicos nos divertíamos a perra gorda y a tres perrillas. La verdad es que más veíamos funcionar las atracciones que podíamos utilizarlas; sobre todo, porque esperábamos la función del circo. El Circo Cortés lo situaban siempre entre la taberna de Tabique y el Ayuntamiento (abriendo camino, la Feria, la fiesta).

De golpe un ejército escolar cruza la Plaza armando el bullicio de su edad fantástica, detrás de los caballos, caballitos, delante de la mula. Porque era una mula la que tiraba del carrusel de caballitos que se instalaba en esa Feria. Entre sus colores, sucios y pardos, se encontraba siempre el llanto de los más pequeños que imaginaban fantásticas aventuras en lejanos paraísos. Mientras tanto sus padres también se entretenían con otros animales. En aquella época existía la cuerda de ganado. Los ganaderos habían llegado de lejos, con las mulas, las ovejas y otros animales y se instalaban donde hoy se encuentra la oficina de Correos. Allí los propios, los del pueblo, los garroteros, con Juan Tello a la cabeza, ejercían su oficio y se ajustaban tratos. Hace solamente dos años en nuestra Feria, en el recinto de la Piscina Municipal, se ha puesto en funcionamiento un servicio comercial de aperos de labranza y maquinaria de transporte.

Si el trato ha sido bueno, si las ovejas han sido baratas o se ha vendido a buen precio la mula, los chiquillos esperábamos que nuestro padre nos acercara al laberinto, el más misterioso cacharro de la Feria. Subíamos, dábamos vueltas y siempre nos perdíamos hasta conseguir encontrar la salida. La verdad es que, un poco asustados por lo fuerte de las emociones.

A última hora nos quedaban las tiendas de juguetes. Entonces nos emocionaban los cachivaches, las tartanas, las carracas, que hacían un ruido insoportable, y con alguna golosina, terminaba el día. La Feria nunca acababa para los niños; siempre hay una Feria posterior, unos hijos y unos nietos que vuelven a hacerte revivir los carruseles de ilusión, la fantasía y el miedo a lo desconocido.

Para los mayores, los festejos taurinos han sido siempre uno de los atractivos más importantes de estas fiestas. Por aquella época Alcázar no contaba con Plaza de Toros y las corridas se realizaban en una plaza que se construía a tal efecto, pegando a la Covadonga. Los toros habían llegado "por tierra" con los vaqueros a caballo que les acompañaban hasta la plaza. Una especie de encierro donde la chiquillería disfrutaba viendo a los animales. Normalmente venían de la zona de Manzanares y pasaban cerca del cementerio. Algunos chicos salíamos a verlos venir y Laurentino Carrasosa, el gran ídolo de Alcázar, artista de la suerte de matar, siempre realizaba con su caballo algunas cosas que nos dejaban extasiados. Por la tarde, todos pensábamos tretas para colarnos a la plaza, no resultando nada fácil esperábamos a que los mayores comentaran la corrida en las tabernas del pueblo, mientras nos comíamos el último bocadillos de sardinas en Casa Paco.

Otras veces, cuando sólo teníamos una perrilla, nos las gastábamos en garbanzos y nos llenaban el bolsillo.

La Feria, ha sido siempre un montón de anécdotas y el recuerdo idealizado de haber podido pasar más horas junto a nuestros padres sin tener que labrar la tierra; vestido con camisa blanca y unas alpargatas aunque estuvieran rotas.

De entre las muchas diversiones que se pueden destacar de las ferias pasadas, una de las más populares en nuestra ciudad, ha sido siempre, la que producía el cinematógrafo. Todos los años las mismas películas se proyectaban al aire libre, pero no por eso dejábamos alguna vez de asistir desde la década de los 20 con nuestra silla para verlas, y casi siempre eran mudas. Después se instalaron locales y esta actividad dejó de tener ese sentido exquisito que le proporcionaba el realizarse en Feria como algo especial. Durante todo este tiempo la Feria se ha podido pasar con muy poco dinero por parte de los niños. Dos